

EL ECO DE CARTAGENA

Viernes 5 de Enero de 1883

La decadencia de España

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
á igual época del siglo XVIII.

LIX.

Había pasado los días del terror, y el pueblo de Nápoles se adormió tranquilo bajo la fé de las promesas arrancadas, á la debilidad del duque de Arcos. Ya no hay *gevelas*; ya podremos comer barato fueron acaso los pensamientos con que el pobre conciliara su sueño tras del cansancio de aquellos azarosos días, bien ajenos del desencanto que les esperaba á sudespertar. Es verdad que la entereza del irrey, roca fué donde se estrellaron los más fieros proyectos de satisfacción y de venganza; pero á este acto de nobleza no siguió, desgraciadamente, una prudente política. El duque de Arcos restableció la dura ley que obligaba á los panaderos á dar su género á un precio que no cubría los gastos de la fabricación, lo cual provocó una nueva carestía de este artículo de primera necesidad. Esto unido á la noticia de haber sido muerto por una patrulla un cuñado de Massaniello fué como la mecha que volvió á poner en combustion los ánimos del populacho. Este se presentó, más amenzador que ántes, en la plaza del Mercado, y á poco por todas las calles de Nápoles no se escuchaban más que lamentaciones y gritos de desesperación. La memoria de Massaniello era el torcedor que agitaba á las turbas en el dolor de haber asesinado al padre del pueblo, al que sabía aterrar á los tiranos é imponer condiciones á los vireyes; y transformación estraña! aquellos mismos que el día antes habían visto sin conmoverse la mutilada cabeza de Massaniello, y que despues se cebó en su cadáver, buscan ahora á sus asesinos para acabar con ellos, y corre á recoger los restos mortales de su libertador para celebrar con ellos una especie de apoteosis reparadora.

Con efecto: la cabeza fué cosida lo mejor que se pudo al destrozado tronco, laváronle en el rio Sebeto; perfumáronlo y vistieron con ricas ropas, y puesto an un sillón de brazos lo pasearon en triunfo por la ciudad con fúnebre algazara y dolorosa gritería. Corrió luego la voz de que había resucitado Massaniello, y esta noticia, no obstante su inverosimilitud, consternó al duque de Arcos, y á la nobleza, y llenó de fervido entusiasmo al populacho. Todos querían verlo, todos tocarlo; todos obtener, siquiera fuese un pedazo un mínimo pedazo de su ropage para conservar á modo de reliquia. Aquellos

que lograban abrirse paso y acercarse al cadáver gritaba con lastimoso tono á los que estaban lejos, que Massaniello estaba muerto.

Al llegar el inmenso gentío á la Iglesia del Cármen, entraron el cadáver en el templo, colocándolo en un suntuoso túmulo, ornado con todas las banderas de los barrios, y de los estandartes de las cofradías. Mas de cuatro mil hombres quedaron allí haciéndole la guardia. Al anochecer fué sicado prosicionalmente en andas, formulando su entierro al que asistieron los cabildos, las comunidades, y muchos magistrados y autoridades civiles. Sobre el cadáver se ostentaban las insignias de capitán general, y tal vez, debido á esto se obligaba á los puertos militares de la carrera á que le rindieran los honores de ordenanza. Al pasar por la plaza de palacio, se dió el ridículo espectáculo de ver unirse al fúnebre cortejo ocho pages vestidos de gala y con hachas de cera, y la mitad de la guardia del virey que este enviaba para acompañar el cadáver de su víctima. Ya era el amanecer del día siguiente cuando la procesion regreso al Cármen; allí se celebró el oficio de difuntos con salvas de artillería disparadas en el torreón de la misma Iglesia, y clamoreo general de todas las campanas de Nápoles. Las mugeres plañían y alborotaban el templo con sus gemidos y se atropellaban por tocar sus rosarios en el cadáver, oyéndose á algunas exclamar en un éssese de fervor devoto *beato Massaniello, orapronobis*. Mientras esto sucedía en el templo, en la plaza del Mercado se vendían á la muchedumbre, á precios fabulosos retratos en lapiz y bustos de cera del héroe; al mismo tiempo que los ciegos entonaban y vendían oraciones y coplas dirigidas á este *bienaventurado*.

Terminada la fúnebre ceremonia, la muchedumbre se derramó en desorden por todas partes *atronando* los aires con sus *vivas* y con sus *maera*. El virey envió emisarios para calmar los ánimos, culpando de ésta carestía del pan á los panaderos; triste recurso que solo dió por resultado el que las turbas despedazasen á algunos de aquellos infelices! huyeron los empleados públicos, escondiéronse los amigos de la paz, cerraronse todos los establecimientos públicos, y la ciudad toda volvió á presentar el mismo horroroso aspecto que en la anterior sublevación,

Si las exequias del pescador de Amalfi dieron á conocer de que la insurrección no había muerto con su caudillo, los sucesos que á aquellas siguieron patentizaron dolorosamente cuanto había que temer de su recrudescencia, provocada temerariamente por el virey, con menoscabo de la dignidad española que no

supo mantener. El duque de Arcos, hombre de carácter apocado é irresoluto, dejó demostrado en esta ocasión ser tan grande su debilidad como su falta de dotes políticas por el elevado cargo que desempeña no menos que de fé en el cumplimiento de sus palabras. Por eso el pueblo rechazaba ahora indignadamente las proposiciones de paz que les ofrecía tras de las murallas de Casnovino donde había vuelto á refugiarse.

Entrar aquí á detallar las escenas de incendio y de venganza á que entregó nuevamente el pueblo napolitano, sería larga tarea, que omitimos por la brevedad. Dejémoslo á Nápoles y echemos una ojeada á que pasaba en el resto del reino.

El espíritu de insurrección ha trascendido á todas partes; lo mismo en las ciudades que en las aldeas se azaron los impuestos, se arrastraron á las autoridades españolas el furor popular se dió á las persecuciones y á las venganzas. En las villas y aldeas, en unas los baroneses de la tierra se fortificaron en sus palacios y castillos para libertarse de la saña de sus colcos; en otras, los colonos, tomando la lantera incendiaron las casas de los señoriales y se declararon deo lengo. Las ciudades de Aquila, Ríodo, Chieti y Vóggia, teatro funto de espantosos crímenes; y en las provincias de Basilicata, de Batavias y los Abruzos ganaron en el más espantoso desorden. Vé un verdadero vértigo que intió todos los ánimos en el ideal de insurrección, una especie de cogio de que no se vió libre pueblo alguno ni aun la más miserable aldea. No una muestra de la vehemencia con que se acaloraba aquella idea, sta citar los siguientes hechos.

En la aldea de Schiavoni que se componía sólo de treinta chozas se reunieron un domingo sus habitantes para hacer tambien su insurrección, pero se encontraron con dificultad de que todos ellos eran parientes y amigos, y que no había autoridad contra quien rebelarse ni riquezas que saquear ni gabelas que abolir, ni venganzas que satisfacer. Con esto quedaron muy descontentados, pero hé aquí que de en medio de la reunión sale una voz diciéndo: *venid á incendiar mi choza, que da me importa con tal que hagamos yo, y que no se diga que somos cobdes y malos patriotas*. La choza fué inmediatamente incendiada y la insurrección quedó hecha en la aldea de Schiavoni.

En la aldea de Futurano se hizo una cosa parecida; no teniendo objeto que sacrificar en aras de la insurrección, y para hacer tambien algo en honor de ella, pegaron fuego á la taberna.

Pero el hecho mas horrendo de

esta ridícula parodia fué el que tuvo lugar en el Casal de Calabria; allí las mugeres se rebelaron contra sus maridos, y quemaron á dos de ellos con sus hijos en el pajar en que se habían refugiado ¡Hasta las mugeres!

Esto nos hace recordar, volviendo de nuevo á Nápoles, la asonada armada de las mugeres del populacho, pretendiendo se aboliesen del reglamento del Monte de piedad ciertos artículos, que siendo favorables á las ropas y joyas de los ricos perjudicaban á los harapos que empeñaban los pobres.

En Nápoles se vió mas: se vió á una muchedumbre inmensa de mendigos, en su mayor parte cojos, mancos y tullidos, armados de garrotes y algunas alabardas y arcabuces, atacar el convento de los Cartujos por resistirse los frailes á bajarles á la plaza del Mercado, cual pretendían la limosna semanal que era costumbre darles á las puertas del claustro.

La insurrección de Nápoles, como todos los sacudimientos populares en que entran como componentes elementos tan heterogéneos, tuvo su lado héroe, sus estravagancias y su ridiculo.

MANUEL GONZALEZ.

ECOS DE MADRID.

—0—

4 de Enero de 1883.

Todos los pueblos que se han tomado el trabajo de medir el tiempo celebran con gran solemnidad la fiesta de Año nuevo.

El descanso moral es tan necesario como el físico.

Sin la noche, la vida corporal sería un martirio.

Si el domingo la vida intelectual sería un grillete.

Si el año nuevo la existencia sería un libro sin capítulos, párrafos, puntos ni comas.

La división del tiempo en días, semanas, meses y años es la ortografía de la vida.

Los que viven sin orden ni medida carecen de ortografía.

En esta puntuación los principios de mes se marcan con admiración.

El que cobra dice ¡ah!

El que tiene que pagar exclama ¡ah!

Los que ni pagan ni cobran expresan su situación con puntos suspensivos.

Bendigamos de todos modos á los que se tomaron el trabajo de dividir el tiempo y saludemonos con la satisfacción de los que llegan al fin de un viage.

La satisfacción de llegar nadie la quita. Ahora lo que sucede es, que al llegar le acechan á uno las desdichas. Y si nó dígalos la infeliz aragonesa que llena de alegría se apeó del tren y dos horas despues lloraba como una Magdalena la pérdida de su equipaje, su dinero y lo que aun es